

DE LA OSCURIDAD E INAGOTABILIDAD DE LAS COSAS EN JOSEF PIEPER, A LA LUZ DE STO. TOMÁS DE AQUINO.

1. Transmitir lo contemplado.

En esto estaba contenido para Sto Tomás, la esencia de la educación.

Nos acercamos a Josef Pieper, quién encarnó las enseñanzas del maestro. Así lo expresa Su Santidad Juan Pablo II, cuando le envía una carta el 22 de mayo de 1994, con ocasión de su nonagésimo cumpleaños.

Dice en uno de sus párrafos: “En los decenios pasados pudo Ud. inspirar un sello a toda una generación de estudiantes de filosofía y de teología en las escuelas superiores de Essen y en Münster y, más allá a un público universal al que tuvo Ud. acceso a través de conferencias como profesor invitado, o también en cursos de postgrado. A todos ellos Ud. los ha puesto en contacto con el rico patrimonio de la filosofía cristiana. El pensar de su propio maestro, Sto Tomás de Aquino, de cuya obra multifacética Ud supo como ningún otro extraer tantas enseñanzas de una manera desacostumbrada, llegó a ser para las generaciones más jóvenes un instrumento que, en base a la imagen cristiana del hombre, es apto para penetrar la realidad del tiempo y de la eternidad, comunicándoles de esa manera una sólida base existencial”¹.

2. Sobre la cognoscibilidad del objeto filosófico.

De la oscuridad e inagotabilidad de las cosas, es una invitación a entrar en la espesura, aceptando desde la mirada penetrante de la inteligencia, el sentido del límite.

Dice Pieper en su libro *Defensa de la filosofía*²: “Tomás de Aquino escribió esta frase sorprendente (sorprendente porque no se lee en la *Crítica de la Razón Pura* de Kant, sino en las *Quaestiones disputatae*, de este gran doctor de la cristiandad, al que se ha querido presentar como racionalista, que para todo tiene respuesta): “Las esencias de las cosas nos son desconocidas”.

Esto quiere decir dos cosas. Primero: “Filosofía es en primer lugar de hecho, un término negativo, que expresamente significa no-sabiduría.

¹ Juan Pablo II. Al Prof. Dr. Josef Pieper. Vaticano. 22 de Mayo de 1994.

² Pieper Josef. *Defensa de la Filosofía*. Herder. Barcelona 1989.pp81-82.

Nadie, ningún humano, se dice, puede tener en todo caso un saber de las cosas, que las penetre en todo lo hondo y ancho, cuyo conocimiento nos haría sin más: “sabedores” y “sabios”.

El segundo elemento del significado del término philosophia tiene indudablemente carácter afirmativo. En efecto, a pesar de conocer la imposibilidad de hallar una respuesta que satisfaga definitivamente el hecho de estar a la caza, en búsqueda amorosa de lo que es absolutamente digno de saberse y de la sabiduría que hace verdaderamente sabios es lo que constituye precisamente el filosofar.

¿Pero no es esto un heroico contrasentido? “No lo creo”, dice Pieper. En todo caso, yo no me dejo convencer por el momento de que esta caracterización del filosofar, como también de su objeto, sea una definición objetiva y exacta del asunto en cuestión, que no se pueda formular en otros términos que los presentes.

“(…) No hay de hecho objetos de por sí incognoscibles, ni en la filosofía, ni en ninguna parte, sino que la realidad por cuanto a ella misma concierne, es en todos sus sectores y estructuras accesible al conocimiento, accesibilidad que se podría designar con múltiples nombres: apertura, potencia, perceptibilidad, luminosidad, lucidez. ‘La misma realidad de las cosas es luz’ ”, dice Sto. Tomás In Liber de Causis 6³.

“(…) Se trata efectivamente de incomprendibilidad, pero de una incomprendibilidad de un mundo que “de por sí” es luminoso hasta el fondo y, por otra parte, se sabe también que se trata de cognoscibilidad de un mundo que está iluminado por una luz que para nosotros es una ‘luz inaccesible’ ”⁴.

Puede verse aquí, el sentido del límite por parte de la inteligencia, aquello que señala Federico Sciacca⁵: “Nuestra sabiduría se consolida a medida que nosotros adquirimos la inteligencia de nuestros límites de seres finitos, de nuestra no-autosuficiencia junto con la conciencia serenadora de nuestra suficiencia dentro de los límites mismos”.

³ Pieper Josef. Op. cit. pp.82-85.

⁴ Pieper Josef. Idem.p.93.

⁵ Sciacca Federico. El oscurecimiento de la inteligencia. Gredos. Madrid 1973.p.16.

De acuerdo a lo dicho surge en lo inmediato, lo siguiente:

3. Las cosas son cognoscibles, por estar creadas.

Dice Josef Pieper en su libro *Defensa de la Filosofía*⁶:

“Todo lo que posee ser, es también cognoscible por naturaleza, es decir, por razón de su realidad”. En la perspectiva creacionista el conocimiento es de entrada diagonal; la realidad está constituida entre dos inteligencias, a saber: el intellectus divinus y el intellectus humanus.

En esta ubicación de lo real entre la inteligencia concedora y creadora de Dios, por una parte, y por otra, la inteligencia imitadora y “adaptable” del hombre, se hace la estructura formal del conjunto de la realidad, estructura en la que se vinculan las imágenes del Creador originales y las imitadas, con arreglo a esa doble relación de las cosas hay también, como señala Sto Tomás, un doble concepto de “verdad de las cosas”: el primero se refiere a la cualidad de pensadas por Dios, el segundo, a la cognoscibilidad de las mismas para el espíritu humano.

La expresión “las cosas son verdaderas”, o “son verdad”, denota pues por un lado, que Dios las conoce como creación suya, y por otro, que las cosas son en sí accesibles al conocimiento humano, comprensibles para el hombre.

Las cosas son accesibles a nuestro conocimiento, por el hecho de haber salido de la mente de Dios, como fruto de la mente divina. Las cosas no solo tienen su esencia propia (no sólo son para sí mismas) sino también, una esencia o ser “para nosotros”. Las cosas poseen su inteligibilidad y diafanidad específicas, por haberlas ideado Dios, por esto mismo son esencialmente espirituales.

La claridad y luminosidad que les da la inteligencia creadora de Dios juntamente con el ser (no como su ser mismo) las hace aptas para que pueda percibir las el entendimiento humano.

En un comentario a la Escritura, dice Tomás: “Cuanto mayor es la realidad de las cosas, más luz posee”⁷. Pero justamente en virtud de la creación, son “insondables”.

⁶ Pieper Josef. Idem p.85.

⁷ Pieper Josef. Antología. Herder. Barcelona 1984 pp.106-107.

4. Las cosas son insondables por estar creadas.

Acabamos de ver la estructura dialogal de la realidad: “La cosa natural, constituida entre dos intelectos, se llama verdadera según la adecuación a los dos (Cf.1,2).

De un lado está el conocimiento creador divino y de otro el conocimiento receptor humano. El segundo jamás puede agotar al primero, por esto no hay conocimiento humano exhaustivo, sin residuo de misterio. Pero a su vez, justo en virtud de esto, puede progresar sin fin y coincidir siempre más perfectamente con el pensamiento creador de Dios.

Esto puede verse en una poesía de Charles Baudelaire: “El hombre y el mar” presente en su libro: “Las flores del mal”⁸:

¡Hombre libre siempre adorarás el mar!
 El mar es tu espejo; miras la imagen de ti mismo
 en el desarrollo sin cesar de su oleaje,
 y tu espíritu no es menos amargo que tu abismo.

Gozas hundiendo en su seno tu imagen;
 la abrazas con los ojos y los brazos y tu corazón
 se distrae muchas veces de su propio rumor
 con el ruido de su gemido, indomable y salvaje.

Ambos sois tenebrosos y discretos:
 Hombre, nadie vio el fondo de tus abismos,
 ¡oh mar, nadie conoce tus íntimas riquezas,
 tan celosos sois de guardar vuestros secretos!.

Y no obstante, durante siglos innumerables
 seguís el combate sin piedad ni remordimientos,
 de tal manera adoráis la matanza y la muerte,
 ¡oh eternos luchadores; oh, hermanos implacables.

Como dice E. Stein: “Toda obra de arte es una imagen de sentido, por esto, la plenitud del sentido que es inagotable para el conocimiento humano, resuena en ella de manera misteriosa.

⁸ Baudelaire Charles. Las flores del mal. Fontana. Barcelona 1998.pp39-40.

Entendiéndola así, toda obra de arte es una revelación, y toda creación, un servicio. (Kreuzaswissenschaft.p.6).

Ciertamente en el decir de Claudel: “Tú, oh! poeta no explicas nada pero por ti, todo se vuelve explicable”. Sin duda, la poesía se torna elemento esclarecedor de la verdad. Por ello es apofántica, reveladora y manifestadora de sentido.

A través de esta poesía se trasluce una verdad metafísica, humana, real; el hombre es profundo, inescrutable, “insondable...”, como el mar.

Como puede verse en un pensamiento de San Agustín: “Todas las maravillas que acontecen en este mundo, no son un milagro tan grande como este mundo, cielo y tierra y todo lo que en ellos hay y que Dios ha hecho. El autor de esta maravilla y el modo como lo ejecutó son ocultos, desconocidos para el hombre e incomprensibles. Por eso, aunque las maravillas de la visible naturaleza, por la costumbre de verlas, son menos estimadas, con todo, cuando las contemplamos con sabiduría, aparecen mayores que las inusitadas y raras, porque mayor milagro es el hombre que todo milagro realizado por medio del hombre”⁹.

El sostener que mayor milagro es el hombre que todo milagro realizado por medio del hombre, significa apuntar necesariamente a la creación divina, como explicaba un maestro, a su fundamentalidad, a su inagotable racionalidad, a su incomparable dinamismo¹⁰.

Esto nos muestra la insondabilidad de lo real, por la Creación de Dios. Pieper en su Antología cita a Tomás cuando dice: “lo creado es en Dios esencia creadora”, en su comentario a San Juan¹¹.

Todo proviene del amor de Dios, que ha “visto que es bueno todo lo creado!”. Dios lo ha aprobado, lo ha afirmado, llevándolo a la existencia y el hombre descubre todo aquello que ha sido pre-pensado por Dios.

Por ello, puede conocer aceptando la realidad creada, insondable para el espíritu humano finito.

Quizá la mejor imagen que puede expresar esto, es aquél texto del Eclesiástico que dice:

“Y yo como canal derivado de un río
como acequia que al paraíso sale,

⁹ San Agustín De Civitate Dei, 10,12.

¹⁰ Komar Emilio. Orden y misterio. Fratérnitas/Emecé. Bs. As.1996.p.68.

¹¹ Pieper Josef. Op.cit.p.109.

dije: voy a regar mi huerto,
 a empapar mi tablar
 y he aquí que mi canal se ha convertido
 en un río y mi río se ha hecho un mar”.

24,40-43.

5. La intensidad suprema de la cosecha.

El maestro transmitió los frutos de la contemplación, y el discípulo pudo experimentar la intensidad suprema de la cosecha.

Sólo fue necesario lo que él y otros a lo largo del Chronos pudieron llevar al Kairós, convirtiendo lo transitorio y perecedero, en permanente y eterno desde el espacio cósmico interior para poder desde el lugar donde cada uno está, compartir con los demás lo recibido, gracias a la generosidad del maestro.

Cuando nos detenemos a pensar en esto, viene a presencia algo que dice E. Stein:

“El Reino de los Espíritus Celestiales es algo perfecto. Cada uno está en su lugar y no desea ningún otro. Cada uno está con toda su esencia, protegido, cobijado, amparado. Se alimenta de la fuente primigenia del amor es fructífero y se brinda a los demás en la órbita designada”.

Sin lugar a dudas así vivió Sto Tomás. Irradió por “exuberancia inclusiva”, de allí la intensidad suprema de la cosecha.

Intensidad presente en la concepción del conocimiento, del cual Pieper dice: “Estar conociendo, quiere decir: saltar más allá de los propios límites, no estar encerrado en su propio ser, sino “tener la forma de otro ser”, esto es: ser también el otro ser¹².

En esto consiste el conocimiento realista: hacerse otro en cuanto otro siempre haciendo incapié en lo siguiente: la cognoscibilidad de las cosas está subordinada a su conocimiento de Dios.

“(…) Solo el conocimiento de Dios es creador en absoluto (por esto Chesterton llegó a proponer que como hay santos con sus títulos especiales, como por ejemplo San Juan de la

¹² Pieper Josef. Cf. Die Wirklichkeit und das Gute, 23-44.

Cruz, Santa Teresita del Niño Jesús y de la Santa Faz, deberíamos llamar también a Tomás de Aquino con un título especial que sería Tomás del Dios Creador”¹³.

A la luz de la mirada participacionista Sto Tomás nos dice:

“Deus est in omnibus rebus et intime” (Dios está en todas las cosas e íntimamente (=lo más adentro). Es Dios presentísimo y por ser trascendente (= por nada abarcado por la creación), también lejanísimo.

La visión participacionista podría ser entonces presentada como una visión dialéctica de cercanía y lejanía a la vez del Ser Absoluto Creador, Fundamento de todo lo existente.

La participación es el fundamento de la profundidad. Esta es a su vez, el campo del intelecto, órgano de intuición penetrante. Esta mirada es la que permite reconocer que no hay conocimiento sin residuo de misterio, como lo entendió Tomás. No hay conocimiento exhaustivo, y esto es lo que a su vez conduce al reconocimiento del sentido del límite y al mismo tiempo a ver la profundidad e inagotabilidad de lo real.

Un gran tomista Carlo Mazzantini solía decir en sus clases:

“En filosofía todas las conclusiones son aperitivos”. Para poder agotar cognoscitivamente cualquier realidad del mundo deberíamos llegar hasta la mano creadora de Dios, porque sólo desde allí se puede ver toda la carga ontológica y axiológica de una cosa.

Decía el dominico Chenu de Tomás de Aquino: “La claridad de las palabras no le disimulaba el misterio de las cosas”.

Esto es lo que permite experimentar a lo largo de la historia, la intensidad suprema de la cosecha!

María del C. Fernández

¹³ Komar Emilio. Op.cit.p. 28.